

Domingo de Pascua. Jn 20, 1-9. Lc 24, 1-12

¡¡JESÚS HA RESUCITADO!!

Es verdad, no es una metáfora, no es un signo, no es una experiencia interior. El cuerpo muerto de un hombre crucificado ¡ha vuelto a la vida!

Los evangelios de la liturgia de la Vigilia Pascual y del Domingo de Pascua se esfuerzan por hacérselo comprender: la piedra se ha movida, el cuerpo no está, las vendas del sudario siguen allí y están de tal manera que confirman que no ha sido el robo de un cadáver,... pruebas físicas, reales, de que lo increíble, lo delirante, ha ocurrido.

Sin resurrección, Jesús, el profeta de Galilea, habría sido solo una gran figura histórica (que seguramente habría pasado desapercibida), su filosofía de vida, su carisma personal, su mensaje habría sido algo bonito pero irrealizable, un buen hombre que pasó haciendo el bien y se chocó de frente contra el sistema que lo eliminó. Su resurrección nos confirma muchas cosas, algunas teológicas (es el Hijo de Dios), algunas filosóficas (vive para siempre, ya no puede morir), pero también nos dice: “¡es verdad!, su palabra es real”, no fue un loco idealista; si Jesús ha resucitado es verdad que el amor es más fuerte que la muerte; si Jesús ha resucitado se puede confiar en Dios en todo momento; si Jesús ha resucitado este mundo tiene esperanza.

La realidad nos dice a gritos: no es posible vivir como Jesús, no se puede tener el Evangelio como guía, no seas iluso. Y tiene toda la “razón”; pero hoy, mirando el sepulcro vacío, Jesús nos dice: ¡soy Camino!, ¡soy Verdad!, ¡soy Vida!, no me busques, ames o anuncies “razonablemente”, hazlo con locura (como las mujeres del Evangelio) y todo será posible, no esperes fórmulas mágicas, atajos sencillos, pero si me dejas ser el Señor de tu vida todo tendrá sentido.

Alberto Barroso, MTA Madrid